

La violencia detrás de los roles de género: impacto en la juventud.

Adente Martina

Chacón Federico

Davenport Félix

Gioya Mayra

Guzevich Mora

Introducción

Desde que comienza el proceso de socialización somos expuestos a patrones de comportamiento que se nos imponen según nuestro sexo. Todas las personas en algún momento de nuestras vidas nos vimos afectadas por estos estereotipos de género, que hacen referencia al conjunto de normas sociales y de comportamiento entendidas como apropiadas para los hombres y las mujeres.

En el presente trabajo, nos centraremos en comprender cómo dichos estereotipos afectan a los y las jóvenes, cómo es que los roles de género se mantienen vigentes y por qué consideramos que resultan violentos.

Algo a destacar sobre el concepto "violencia" es su carácter polisémico. Mediante este ensayo abordaremos la violencia simbólica y estructural, ya que entendemos que los estereotipos son fomentados y mantenidos en el tiempo por las mismas. Como planteó el sociólogo Pierre Bourdieu en la década de los 70', cuando comenzó a utilizar el concepto de violencia simbólica, estas agresiones se manifiestan mediante relaciones sociales donde el dominador ejerce un modo de violencia indirecta hacia los dominados, los cuales no la evidencian y/o no son conscientes de dichas acciones en su contra, haciéndolos cómplices de la dominación que ellos mismos sufren.

Reflexionaremos sobre cómo afectan a la salud (tanto mental como física), la auto aceptación, y de qué manera pueden interferir en el bienestar colectivo e individual, con el fin de destacar las consecuencias y secuelas que se generan en base a estos estereotipos. Al hablar de "bienestar" nos referimos al conjunto compuesto por la alta autoestima y las óptimas relaciones sociales (pareja, familia, grupos de amigos, etc.), políticas y económicas. También abarca "el aumento de los ingresos, el apoyo social y las oportunidades de éxito" (Lara,

1993; Matud y cols., 2002, citado por Mendoza, González y Silva, 2013). Profundizaremos en los efectos que tienen sobre la percepción de la sexualidad y los prejuicios que la rodean.

Violencias soterradas y naturalización de conductas

Para interpretar correctamente la afirmación “los roles de género son violentos”, debemos comprender el funcionamiento de la violencia simbólica y estructural, y cómo es posible que a través de ellas se naturalizan conductas y patrones de comportamiento.

La violencia estructural refiere a aquellos esquemas mentales que se asimilan y condicionan la manera de actuar y pensar. Estas estructuras son establecidas dentro de una comunidad social y transmitidas de generación en generación, tal es así, que se llegan a considerar parte de la cultura. Este tipo de violencia no tiene un origen concreto o identificable, dichas agresiones se manifiestan de forma sutil, por lo que no se perciben como un acto violento.

Por su parte, la idea de violencia simbólica consiste, en pocas palabras, en la acción de imponer una idea de forma invisibilizada a un agente social (ya sea una persona específica o un colectivo) sin recurrir a la coacción física. Este tipo de agresiones son sostenidas en el tiempo al ser naturalizadas, tanto por quien las ejerce (involuntariamente o no) como por quien las sufre. La víctima acepta dichas estrategias y de manera inconsciente las permite y reproduce, por lo que su comportamiento es orientado por ellas. En consecuencia “la violencia simbólica despersonaliza, ignora las particularidades y las personalidades individuales, ahí está lo violento” (Benalcázar-Luna y Venegas, 2015, p.143 y 144).

En el caso de los roles de género, dichas violencias actúan de forma conjunta, ya que la simbólica no podría existir sin que se de previamente la estructural. Esto se debe a que éstas agresiones solo pueden pasar desapercibidas si ocurren en un ambiente social que las avale. Al existir patrones mentales que mantienen vigentes los estereotipos de género, estos se naturalizan y se invisibiliza lo que implican.

Así, un ejemplo podrían ser los micromachismos. El psicoterapeuta Luis Bonino los definió como la “práctica de dominación y violencia masculina en la vida cotidiana, del orden de lo “micro”, lo casi imperceptible” (Bonino, 1998). A lo largo

de la historia, nuestra sociedad interiorizó costumbres e ideas que establecen relaciones de poder entre hombres y mujeres. Al volverse parte del imaginario cultural no son cuestionadas, por lo que se perpetúan.

Estereotipos sociales de género en los/las jóvenes

Un estereotipo, tal y como lo define la RAE, consiste en una “imagen o idea aceptada por un grupo o sociedad, con carácter inmutable”. Desde el punto de vista de la psicología social, estos forman parte de nuestras actitudes (Pla Julián, Donat, Diaz, 2013) y condicionan nuestra forma de pensar y actuar. Por otra parte, al hablar de los estereotipos de género nos referimos a los rasgos y características que le fueron impuestas a las personas según su sexo. Para Bonder (1993), los estereotipos de género constituyen las ideas que ha construido una sociedad sobre los comportamientos y sentimientos que deben tener las personas en relación a su sexo y que son transmitidas de generación en generación. Con el tiempo los estereotipos se naturalizan, olvidándose que son construcciones sociales. Se asumen como verdades absolutas respecto a cómo son los hombres y las mujeres, biologizando así los roles e identidades que socialmente les han sido asignados (citado por Vélez, Larrinaga, Usategui y Del Valle, 2012). Estos arquetipos reproducen relaciones de poder fundamentadas por la cultura patriarcal, al establecer funciones, espacios y responsabilidades opuestas para ambos sexos, pero considerando siempre a lo masculino como superior. Distorsionando la realidad, justifican y legitiman las situaciones de desigualdad que viven las mujeres.

Características tales como el ser alegre, cariñosa, sensible, comprensiva, delicada, atractiva, maternal, obediente, emocional, fiel y leal al hombre corresponden al modelo tradicional de la mujer, y forman un constructo social denominado feminidad. Mientras que, como contrapartida, el ser arriesgado, valiente, fuerte, más racional que sentimental, exitoso en los negocios, independiente, dominante y que no muestra debilidad a no ser que sea a través de la agresión, son cualidades que se le atribuyen al hombre y forman parte de la masculinidad. Sin embargo, poseer características positivas de la masculinidad y feminidad independientemente del sexo se relaciona con un mejoramiento de la salud física, mental y social (Mendoza, González y Silva, 2013).

Estos estándares se encuentran fuertemente fijados en la sociedad, y controlan los comportamientos y sentimientos esperados de hombres y mujeres, que se instalan según Alejandro López y Carlos Güida (2000) en los primeros tres años de vida. No solo impone patrones de comportamiento y un modelo mental rígido sobre los individuos, sino que reprime también a aquellos que se salen de los admitidos. Para eludir dicha represión, el sujeto tiende a inhibirse. Este fenómeno se conoce como efecto Pigmalión, el cual se entiende como la influencia que puede llegar a ejercer una persona por sobre otra. Así, una persona que se encuentre por fuera de los roles asignados intentaría cambiar su conducta para cumplir con las expectativas que le son impuestas. Estas formas de influir en la conducta de las personas (especialmente de los jóvenes) resultan violentas ya que condicionan el desarrollo personal, pudiendo generar traumas o conflictos psicológicos y niegan las individualidades, por lo que son repudiables.

Impacto en la salud mental y física

Según la Organización Mundial de la Salud (OMS) (World Health Organization: WHO, 2020), los trastornos y enfermedades mentales están fuertemente influenciados por las normas de género, ya que las reconoce como determinantes en este ámbito. Esto se debe a que los estereotipos en torno a este y la presión social por encajar en ellos puede generar un malestar que deteriore la imagen que tienen de sí mismas/os, especialmente en la juventud ya que “en la adolescencia el rol de género tiene una importancia vital para los individuos” (Benjet, Borges, Medina y cols., 2009). De hecho, diversos estudios han demostrado que las discrepancias entre las características que el individuo considera desempeñar y las que le gustaría poseer, podrían relacionarse con el desarrollo de los Trastornos de la Conducta Alimentaria (TCA) (Sawdon, Cooper, y Seabrook, 2007), mientras que las personas que no reportan discrepancias cuentan con mayores niveles de autoestima y menor preocupación por su figura corporal.

Según Tubert (1997), para amoldarse a los ideales femeninos siempre hay que recortar algo, ya sean deseos, necesidades, aspiraciones o potencialidades personales. A nuestro entender, esta característica no es exclusiva de la feminidad, ya que ocurre lo mismo al intentar encajar en los cánones masculinos. Sin embargo, podríamos decir que son los roles de género negativos (la sumisión

en el caso de la feminidad, y los rasgos machistas en la masculinidad) los que están relacionados con trastornos psicológicos y problemas en la salud. En el caso de los hombres, si se rehusaran a asistir a centros de salud cuando fuese necesario o llevaran a cabo conductas de riesgo, aumentarían las posibilidades de que su salud se vea perjudicada. Por otra parte, en las mujeres se observan varias conductas insanas, como seguir una dieta poco saludable para cumplir con el ideal cultural de delgadez (Courtenay, 2000, citado por Mendoza, González y Silva, 2013), y altos niveles de ansiedad y estrés. Suelen verse mayores porcentajes de distintas enfermedades según el sexo, debido a la división de tareas y la forma poco inclusiva en la que funcionó siempre nuestra sociedad. Por ejemplo, las contracturas musculares y las tendinitis predominan mucho más en los hombres, mientras que las crisis de ansiedad ocurren mayormente en las mujeres (Pla Julian, Donat, Diaz, 2013).

En relación a la sexualidad, practicar sexo con frecuencia es visto como algo natural en los hombres y considerado tabú para las mujeres, que tienen que ocultar su deseo porque está mal visto socialmente, a pesar de que independientemente de nuestro sexo tenemos un cuerpo que experimenta placer y debiera desarrollar una vida sexual sana. El hecho de que las mujeres estén reprimidas en este ámbito, puede provocar desinformación que lleve tanto a problemas en la salud física (infecciones de transmisión sexual) como un bajo disfrute sexual.

Por otra parte, los roles de género perpetúan la idea de que la heterosexualidad es la única sexualidad natural, y las disidencias (gays, lesbianas, bisexuales, entre otros) son la minoría que no logra encajar. Esto sucede ya que desde pequeños percibimos cómo diversas instituciones fomentan la subordinación del sexo femenino con respecto al masculino y la desnaturalización de ciertas orientaciones sexuales. Dichos ideales que se nos inculcan desde temprana edad, construyen "barreras excluyentes que impiden la transformación social" (Gómez, Latorre, Sánchez y Flecha, 2006, p.95), complejizando la aceptación de la sexualidad (tanto hacia uno mismo como por parte del entorno).

Conclusión

Desde nuestra óptica, las distintas violencias que desarrollamos por este medio y su impacto dejaron en evidencia lo perjudiciales que pueden llegar a ser los estereotipos en la sociedad. Estos roles no solo privan al sujeto de tener libertad

para expresarse y sentir lo que él desee, sino que también pueden generar problemas en la salud. Desde un principio nuestra intención fue demostrar que estos no son más que un constructo social, utilizado para calificar a las personas según la idea instalada de una persona “perfecta” o hegemónica; y dar cuenta de la violencia que conlleva el discriminar, prejuizar y excluir a una persona por no cumplir con lo que la sociedad espera.

¿Qué acciones podemos tomar para que los roles de género pierdan vigencia? El hecho de que los patrones que debe seguir cada sexo nos sean transmitidos como algo cotidiano y natural, reduce ampliamente las probabilidades de que nos replanteemos por nosotros mismos si estas normativas son irrefutables o no. La educación es algo fundamental para acabar con la imposición de los roles de género, y de los estereotipos en general. De esta forma, habrá menos personas afectadas física y psicológicamente por no poder ser lo que realmente son y sienten.